XV

CAZA NOCTURNA

Al tumulto del primer momento sucedió el silencio.

No necesitó Peyrolles gran esfuerzo de imaginación para comprender lo que había pasado entre la señorita de Wendel y el teniente. Bastante se lo indicaba su actitud respecto de este último.

Además, sabemos que presentía una traición por parte de Bathilde y que, para impedirla, había anticipado la hora en que debía verificarse el atentado contra Felipe, seguro de que el joven estaría en el hotel de Nevers antes de las doce.

De todos modos, no pudo ir tan pronto como hubiera querido — eran más de las once y media, — pues tuvo que perder tiempo en ir á buscar á Zeno que, no enterado del cambio, no estaba preparado sino para la hora convenida.

Pero Bathilde, entretenida en hablar de amor á

Felipe les entregó, por decirlo así, á éste, suprimiendo los temores que Peyrolles abrigaba de ver fracasar su intento.

Todo se presentaba, pues, lo mejor posible.

El miserable vió en seguida la situación.

Conociendo por experiencia el valor de Felipe y sabiendo cuán temible era espada en mano, se regocijaba ya de verlo tan pobremente armado y calculaba los pocos minutos que necesitarían para apoderarse de él.

Satisfecho de haber conseguido al fin el objeto de su vida, desvió un segundo la mirada del joven, y cuando volvió á mirarlo, después de haber explorado lo que debía ser el campo de batalla, escapósele una blasfemia de cólera.

Aquello fué sumamente rápido.

Aprovechando un descuido del *bravo* que la tenía cautiva, á una orden muda de su ama, Clarita deslizándose como una gata entre los dedos del italiano que le ligaba los miembros, tuvo tiempo para bajarse, coger la espada abandonada por Felipe, y lanzársela á éste, por encima de las cabezas de los asaltantes.

Al verla volar, había lanzado el teniente un suspiro, su mano se adelantó hacia ella como el hierro avanza hacia el imán, y ahora, de pie en el fondo del cuarto, con la guarda de su espada sólidamente sujeta entre sus nerviosos dedos, esperaba.

Junto á él, Bathilde, con las facciones crispadas por la angustia, miraba á Peyrolles y Zeno con ojos llenos de terror.

Lo que le había dicho Felipe de las emboscadas de

que había sido víctima, no le dejaba duda alguna acerca de las intenciones del antiguo factótum de Gonzaga.

Era su vida lo que deseaba y no solamente su libertad, como él había asegurado.

¡Pero ella estaba allí! Y para defender esa vida que era lo que ahora quería más en el mundo, daría á gusto la suya.

— ¡Que se atrevan á tocar un solo cabello de su cabeza — pensaba la joven.

No tenía ella armas; pero con su cuerpo podía formar una muralla á Felipe, y acechaba el menor movimiento ofensivo de sus agresores para salirles al encuentro.

— Márchese, Bathilde — le ordenó duramente Peyrolles; — no está aquí su puesto.

— Sí, querida — añadió Zeno, — retírese; no conviene que esté usted aquí mientras nosotros « operamos ».

Zeno era el hombre de los eufemismos.

Bathilde pareció no haber oído nada.

— *¡Per dio! mia cara*, ¿se ha vuelto usted sorda? — dijo el veneciano, que, menos perspicaz que Peyrolles, la creía aún por parte de ellos. — Le decimos que aquí no hace más que estorbar.

Ha preparado admirablemente la cosa, y su misión está ya terminada. Á nosotros nos toca hacer lo demás.

Ante esta acusación no disimulada, Felipe miró á la joven de un modo que quería decir:

— ¿Negará usted todavía estar en connivencia con estos bribones?

Bathilde, que vió esa mirada y comprendía el pensamiento que encerraba, volvióse muy pálida.

En efecto, todas las apariencias estaban contra ella.

Por otra parte, ¿no había tramado con Peyrolles y el caballero la desaparición del teniente? ¿y no era después de su complot cuando se había posesionado de su corazón el amor y cuando había concebido la idea de sustraer al joven de la suerte que aquellos bandidos le reservaban?

Pero no había medio de explicar todo eso en la actual situación.

Y más aún, cuanto que, para colmo de desdichas, se había olvidado de la hora, permitiendo así á sus cómplices sorprenderle.

— ¿Pero por qué no se va usted? — le preguntó Zeno, al verla inmóvil como una estatua. — ¿Pensará usted presenciar lo que va á ocurrir, *bel demonio*?

En medio de todo, es usted libre. Sé que le gustan las emociones fuertes, y tal vez encuentre en esta alguna distracción agradable.

Quédese, pues, si le agrada.

— No; — intervino Peyrolles — es de absoluta necesidad que salga.

— ¿Cree usted?

— Absolutamente. Hay razones mayores que se oponen á que... obremos ante ella.

— ¡Ah! en ese caso, queridísima mía — continuó el caballero haciendo á Bathilde una seña significativa con la mano — sírvase no retrasar más la tarea y tenga la bondad de privarnos *in continenti*, de su presencia.

— No me moveré de aquí, antes de que hayan salido ustedes — dijo entonces resueltamente la joven.

— ¿Qué dice? — preguntó estupefacto el caballero. — ¿Se ha vuelto loca?

— ¡Dios mío! ¡sí, lo está! — exclamó Peyrolles, devorando su rabia; — ¡pero loca de amor!

— ¡Loca de amor!... ¿Y por quién? ¡*sangre di Dio!*

— Seguramente no será por usted — dijo con ironía el anciano.

— ¡Cómo! ¿Será, acaso, por el *giovino?* ¡*Per Bacco!* No comprendo. ¿Luego ha abandonado nuestra causa para seguir la del teniente?

— Claro está. Nos ha traicionado y quiere poner obstáculos á nuestro proyecto.

— ¡Oh! ¡oh! Ahora empiezo á entender.

— Menos mal.

— Pero hay un medio muy sencillo de impedírselo: ya que no quiere marcharse á buenas, hagámosla salir por fuerza.

Eso no es difícil... va usted á verlo.

— ¡Panfilio! — exclamó el caballero, volviéndose hacia uno de los *bravi* — apodérate de la *signora* sin hacerle daño y llévatela de aquí.

Suavemente, pues hay que tener siempre miramientos con las damas.

Panfilio y su compañero Giacomo eran paisanos de Zeno.

Pertenecían á esa clase de individuos *di giocatori del coltello* (tiradores de cuchillo) que antes, en Lombardía, formaban una corporación reconocida, que tenía

código y reglamentos, y de la que los grandes señores y á veces los simples burgueses se servían para zanjar ciertas disensiones de familia.

Á veces terminaba así más de un pleito, sin procuradores ni abogados.

Una hoja de acero lanzada diestramente á un costado ó á un pecho, por la noche, á la vuelta de una esquina, y todo estaba arreglado.

Aquella justicia era tal vez algo expeditiva; pero tenía la incontestable ventaja de andar mucho más de prisa que la otra, la que constituye el mejor adorno de las civilizaciones.

Zeno había mandado venir de Italia á los dos hombres al fundar su garito de la calle de Montmartre.

Pensó que alguna vez podrían serle útiles.

Y en cuanto Peyrolles le propuso « suprimir » tan diestramente á Felipe, se acordó de ellos en seguida.

Eran listos, discretos y « trabajaban » superiormente.

Además, era su divisa *agere non loqui*, cualidad muy apreciable en su oficio.

Panfilio era el único libre en aquel momento, pues Giacomo estaba sujetando á Clarita, la cual, furiosa al verse otra vez cautiva, después del auxilio que acababa de dar al teniente, se revolvía como un diablo para tratar de libertarse.

Conformándose á la orden que acababa de darle el caballero, Panfilio envainó la espada, que tenía al descubierto, y se dirigió hacia Bathilde.

Al verle acercarse á ella, Felipe, que había presen-

ciado impasible toda la escena, cual si se tratara de otro y no de él, adelantó un paso.

Aunque no tenía motivos para estar contento de la joven, el instinto de la caballerosidad, innato en todo francés, le inducía á defenderla

Entonces, el *bravo* se detuvo á mitad de camino y pareció indeciso.

Pero, tras un momento de reflexión, sacó un largo estilete que llevaba á la cintura, y echando vivamente el codo hacia atrás, consultó con la mirada á Zeno, señalando á Felipe.

El caballero y Peyrolles, presurosos por acabar, iban quizás á contestarle afirmativamente cuando, de pronto, Bathilde se colocó delante del oficial formándole así un escudo con su pecho.

— ¡ Esa arma atravesará mi cuerpo antes de alcanzarle !... — exclamó, soberbia de heroísmo.

— ¡ No lo arrojes, Panfilio ! — gritaron á una los dos cómplices, palideciendo de miedo.

Eso no convenía á ninguno de los dos.

La vida de Bathilde era para ellos muy preciosa.

¿No representaba los millones de la condesa ?

Porque el ex intendente de Gonzaga no consideraba á Bathilde como perdida para él. Demasiado la conocía — ó creía conocerla — para no estar seguro de dominarla una vez que volviera á caer en su poder.

Había tenido simplemente un instante de desfallecimiento, como ya le había ocurrido varias veces; se había dejado arrastrar por una debilidad del corazón, antes de que su razón hablase ; mas esto era pasajero.

En cuanto desapareciera Felipe, ella volvería á ser lo que antes era, es decir, la criatura ambiciosa y ávida que él había formado, hecha á su imagen.

Zeno pensaba poco más ó menos de la misma manera.

Después de cuanto de ella sabía, después de todo lo que Bathilde le había confiado acerca de sus proyectos futuros, era imposible que se hubiera operado en ella cambio tan radical ; que prefiriese las alegrías efímeras del amor á toda una existencia de lujo y placeres.

¡ Y qué amor ! Amor insensato, sin salida, que no podía compartirlo el que lo inspiraba ; puesto que, evidentemente, Felipe, en cuanto supiese lo que ella era, no podría menos de rechazarla con horror.

Ellos ignoraban que la joven estaba resignada á padecer ese castigo.

¿ Cómo podría suponer semejante cambio aquel diplomático ?

La situación era azarante para Peyrolles y el caballero.

¿ Iría, una emboscada tan bien preparada, á fracasar por semejante necedad, y tendrían que retirarse sin ejecutar su deseo, cuando tal vez fuera aquella la última ocasión que se les ofrecía para librarse del heredero de Lagardère ?

Panfilio retrocedió, colocándose al lado de Zeno, esperando nuevas órdenes.

— Miren — dijo á media voz Knauss, que hasta entonces no había abierto la boca ; — yo propongo una cosa.

Que vaya Panfilio á apoderarse de la señora sin cuidarse del teniente. Si éste le propina una estocada, peor para él, ¡que se agùante!; pero, á no ser que sea herido mortalmente, podrá llevarse á Bathilde, y entonces nos precipitaremos nosotros contra el oficial.

— No es mala la idea — aprobó Zeno. — ¿Oyes Panfilio?

Panfilio oía perfectamente. Pero no parecía sonreírle la proposición, y miraba á Knauss como para decirle: ¿Por qué no va usted?

— Vamos, anda — le dijo Zeno; — ganarás cien cequíes si te hiere.

Esa esplendidez decidió al *bravo*, quien, por esa cantidad era capaz de herirse él mismo, y se acercó á Bathilde.

— ¡Por amor de Dios! señora — dijo Felipe, que desde que la joven le ocultaba había tratado varias veces de apartarla, márchese, y déjeme que me defienda contra esos miserables. La buena estrella que hasta ahora me ha protegido, no me abandonará esta vez, estoy seguro, y hará que salga sano y salvo de sus garras.

Y dicho esto, apartó con fuerza á Bathilde, descubriéndose así á sus asesinos.

Ésta quiso volver á colocarse ante él; pero no tuvo tiempo, pues Panfilio se había arrojado sobre ella y, rodeándola con los brazos, se la llevaba ya fuera de la habitación.

Fué tan rápido el movimiento, que no pudo el joven oponerse.

De un brinco, Zeno, Peyrolles y Knauss — Knauss el último, por prudencia, y bien sabe Dios que tenía razón — se echaron sobre Felipe quien, por su parte, les ahorró la mitad del camino.

Los tres miserables figurábanse poder sorprender al oficial antes de que se apercibiese á defenderse, porque no querían, á pesar del número, correr los riesgos de una lucha regular, sobre todo Peyrolles y Knauss, que sabían la desventaja que con tal adversario tenían.

Pero su esperanza desapareció, pues Felipe nunca se dejaba coger de improviso, y sus espadas tropezaron con la suya, tras la cual se hallaba abrigado tan seguramente como si fuera protegido por un escudo.

Tuvieron pues que aceptar la lucha y proceder con orden y método.

Peyrolles, á pesar de su edad, manejaba aún muy bien la espada.

Antiguamente fué muy versado en esgrima y agradábale ver que no había perdido casi nada.

Felipe conoció en seguida que tenía en él un adversario peligroso.

De todos modos, como empleaba el asalto francés, conseguía hacerle frente si gran dificultad.

Desgraciadamente no ocurría lo mismo con Zeno, que tiraba al estilo de su país.

La esgrima italiana difiere esencialmente de la nuestra. No es más que una serie de saltos y piruetas que desconciertan del todo á los que no están á ella acostumbrados

Y como Felipe no la conocía, estaba algo desorientado.

Con ligereza y agilidad felinas, el veneciano saltaba tan pronto á un lado como á otro, se echaba atrás, agachábase de pronto para enderezarse en seguida como un resorte, librándose así, constantemente, del acero de su adversario.

En cuanto á Knauss, sus anteriores fracasos le hacían guardar prudente reserva y, sin la menor vergüenza, dejaba á sus dos compañeros soportar el terrible choque de la espada del joven, aguardando el momento de poder, sin exponerse mucho, dar á este último una de esas estocadas traidoras que acostumbraba.

Zeno se asombraba de hallar tanta resistencia en Felipe.

Verdad es que sólo le conocía de oídas y que nunca le había visto en acción.

Y, sin embargo, no estaba el teniente en la plenitud de sus facultades, pues apenas se hallaba restablecido de la larga enfermedad que le había atacado durante más de tres semanas.

Pero el furor que le causaba tan cobarde ataque, le calentaba de tal modo la sangre que no sentía debilidad ni fatiga.

— *¡Per Dio!* — juró el italiano — ¿no podremos acabar con este *giovino?* Me parece que la cosa va para largo.

¡Panfilio, Giacomo! — llamó — ¿qué hacéis! Venid á ayudarnos un poco...

Pero los *bravi* no contestaron.

Estaban ocupados en sujetar á Bathilde y Clarita, que continuaban agitándose desesperadamente entre sus robustos brazos.

Felipe, que en la actitud de Knauss comprendió que éste meditaba alguna traición, se separó poco á poco, yendo á recostarse contra el fondo del cuarto, para que el teutón no intentarse pasar detrás de él.

— Á fe de Zeno — prosiguió el veneciano al no ver llegar á los que llamaba — ¡ya arreglaré yo á esos dos bribones que tan mal nos sirven! ¡No pueden conseguir dominar á dos mujeres?

— ¿Zeno ha dicho usted?... — exclamó Felipe. — ¿Es usted acaso el caballero Zeno, embajador de Venecia?

El italiano se mordió los labios.

Por inadvertencia se le había escapado su nombre.

No le importaba ser asesino; más no quería que se supiese.

En medio de todo, pensó que la cosa no tenía gran importancia, en la actual situación; puesto que el que lo oía sólo tenía — pensaba él — pocos momentos de vida.

— Sí — replicó — yo soy.

— ¡Ah! ¡miserable! — gritó el joven; — ¡por fin le encuentro... vil seductor de Marina!... ¡Dios le pone en mi presencia!... Va usted á morir...

Y dominándole la idea de vengar á Marina, se encarnizó contra el italiano, sin acordarse de Peyrolles y de Knauss.

Aprovechando este olvido momentáneo, que dejaba

al teniente indefenso respecto de Peyrolles, éste se tiró á fondo para atravesarlo de parte á parte.

Una siniestra sonrisa iluminaba ya su rostro, cuando, en el momento en que su espada iba á herir el costado del joven, Bathilde, que había conseguido escaparse de los brazos de Panfilio, penetró en el cuarto, levantó con una mano la espada de Peyrolles, y, apretando con la otra un resorte oculto bajo el tapiz, hizo abrir una puerta secreta que dejaba ver una ancha excavación hacia la cual empujó á Felipe antes de que éste pudiera darse cuenta ; y luego, con la rapidez del rayo, cerró la puerta.

Todo esto ocurrió en menos de tres segundos, y los tres bandidos, mudos de sorpresa, permanecían cada uno en la postura en que se encontraban, pensando si estarían soñando.

La faz de Bathilde estaba radiante.

Felipe se había salvado.

No obstante, pronto acabó la estupefacción de Peyrolles.

— ¡Ah! ¡criatura maldita! — exclamó, presa de espantosa cólera y amenazando con la espada á la joven, — ¡le has hecho huir y nos has perdido!...

— ¡Sí, le he hecho huir!... — declaró Bathilde, desafiando al ante quien tanto tiempo se había inclinado. — Tras esta puerta existe una escalera que baja al jardín...

Antes de que puedan ustedes alcanzarlo, tendrá él tiempo suficiente para ganar la salida del pozo y ponerse fuera de su alcance...

Bendigo al cielo, que me ha inspirado... y no les temo á ustedes...

Hagan de mí lo que quieran.

Estaba hermosa al hablar así, y no hacía nada para tratar de sustraerse á la espada que ante ella blandía el viejo.

Y hasta parecía ofrecer su pecho.

Pero Peyrolles, aplazando para más tarde el castigo que pensaba infligirla por su traición, sólo decidió una cosa : impedir que Felipe se escapase del hotel, de lo contrario, estaba inevitablemente perdido y quedaban aniquiladas todas sus esperanzas.

— Corramos pronto tras él — ordenó ; — no hay que dejarle salir de aquí vivo.

— Sí, corramos, — repitió Zeno. — ¡Panfilio, Giacomo!... vamos... seguidme.

Menester era que Bathilde conociese poco á Felipe para creerle capaz de aceptar el desenlace que ella había provocado, es decir, darse á la fuga ante sus agresores ; y creemos superfluo asegurar que esta idea estaba muy lejos de la imaginación del joven.

En cuanto se hubo repuesto de la sorpresa que le había causado la acción de la señorita de Wendel, sintió gran furor hacia ella.

Así, por culpa de ésta, cuando la casualidad le ponía precisamente frente á frente no sólo de ese implacable enemigo que hacía dos años que trataba de quitarle la vida, sino también del cobarde seductor de la pobre Marina, hasta entonces invisible para él, se veía de

pronto separado de uno y otro, acaso sin esperanza de volverlos á encontrar... á lo menos en parecida ocasión.

Aquello era el colmo de sus desdichas.

Sin embargo, pensaba una cosa.

Si Bathilde había procedido de aquel modo, era seguramente con intención de impedir que los bandidos le asesinasen.

Además, la manera de que había tratado de protegerlo cubriéndole con su cuerpo y desafiando el puñal de Panfilio, afirmábale también en esa opinión.

Pero ¿no estaba la joven con ellos? ¿No les servía de cómplice?

Como no pudo oír las palabras cambiadas entre ella y Peyrolles al salir él del cuarto, palabras que le hubieran explicado en parte el doble papel que había desempeñado Bathilde, estaba reducido á conjeturas y no sabía qué creer.

Mas no se detuvo largo rato en profundizar ese misterio.

Por el momento, sólo pensó en alcanzar á Peyrolles y á Zeno.

Ante todo, ¿dónde estaba?

La profunda oscuridad que le rodeaba no le permitía darse bien cuenta.

Todo cuanto podía reconocer, es que se hallaba en un espacio de cinco ó seis pies cuadrados, de paredes completamente desnudas y de suelo enladrillado, como podía convencerse por el ruido seco y duro que producían sus botas al andar.

Dió rápidamente la vuelta tratando de descubrir alguna salida y no viendo ninguna.

También había sondeado las paredes, que le parecieron ser de espesor poco común.

La escalera de que había hablado la señorita de Wendel existía; pero su entrada estaba herméticamente cerrada por una losa que se movía bastante fácilmente agarrando una anilla que tenía en uno de sus extremos.

Por allí era por donde escapaba la joven cuando quería salir del hotel sin que nadie se enterase.

Aquel pasaje, abierto en época de la Fronda, y cerrado luego, había sido restablecido por orden de Bathilde, poco antes de volver la condesa á París, á fin de que ésta no estuviera al corriente de lo que pudiera hacer fuera su señorita de compañía.

Al empujar á Felipe tras la puerta, habíase olvidado de decirle cómo tenía que arreglarse para descubrir la escalera, y éste no podía ni sospecharlo.

Además, claro está que si hubiera tenido conocimiento del pasaje, no lo hubiera utilizado sino para regresar al cuarto de Bathilde en donde suponía que quedaban aún Zeno y Peyrolles, y no para huir, como presumía la Wendel.

Pero, en su ignorancia á este respecto, encontrábase tan prisionero como si se hallase en el fondo de uno de los *in pace* de la Bastilla, donde, según nos ha enseñado desgraciadamente la historia, los infortunados á quienes la funesta suerte arrojaba allí se consideraban borrados para siempre del número de los vivos.

— ¡Santo Dios! — exclamó, paseándose furiosamente por el reducido espacio — ¡aquí estoy como una rata en la ratonera! ¡Ah! ¡si pudiera echar abajo estas paredes!

Y empezó á golpear las paredes con el puño de la espada.

De repente, inundóle una oleada de luz.

Era Bathilde que, al oír los golpes, y soprendida de que estuviese aún allí, acababa de mover el resorte de la puerta secreta.

— ¡Cómo! — exclamó ella con angustia — ¿No se ha marchado usted?

Luego, recordando su olvido, añadió:

— ¡Dios mío! Es verdad... no le he avisado lo de la losa... Pero huya... huya usted... aun debe de estar á tiempo... Pronto... pronto... voy á enseñarle...

— ¡Huir! — exclamó violentamente Felipe, que había dado la vuelta al cuarto con la mirada, y, con gran desesperación, había notado la ausencia de sus enemigos. — Huir... es una palabra que yo no conozco, señora...

¿En dónde están esos bandidos de quienes tan inoportunamente me ha separado usted?

Hable... ¿en dónde están, para que les dé el castigo que merecen?...

— Han bajado... le creen á usted en el jardín... Ahí hay una escalera que va á parar al jardín... Yo les he dicho que usted la había tomado... Y hasta lo pensaba yo así... Huya... huya... le digo... si no, luego será tarde.

— ¿Están en el jardín? — preguntó Felipe. — ¡Ah! corro allí... ¡y quiera Dios que no se me escapen!...

— No, no... — suplicó Bathilde asiéndose á los vestidos del teniente. — No, no, Felipe, no vayas... van á matarte... te matarán, seguramente... ¡Felipe! ¡Felipe! ¡escúchame!...

No había acabado de hablar, cuando éste, que consiguió desprenderse de sus manos, se había lanzado ya á través de las habitaciones en persecución de Zeno y de Peyrolles, haciendo ardientes votos para encontrarlos.

Al verle desaparecer, Bathilde cayó desmayada junto á Clarita, que á su vez estaba pasmada, á causa del espanto que experimentó en brazos de Giacomo.

Un cuarto de hora después de lo que acaba de acontecer, un grupo de cuatro personas llegaba junto al pozo, y, sin producir el menor ruido, se introducía en el parque, por medio de la especie de puente que tapaba la boca de aquél.

Los recién llegados eran Helouin, alias barón de Posen, Cocardasse, Amable Passepoil y, finalmente, el hijo de éste.

Así que hubieron penetrado, emboscáronse unos y otros tras una mata de arbustos, situada precisamente frente á la puerta de entrada que daba acceso á las habitaciones de Bathilde.

Desde donde estaban, érales fácil vigilar á la vez esa entrada y la del pozo.

— Venimos con anticipación — dijo Helouin que,